

LOS KOIPES Y EL ALAVÉS

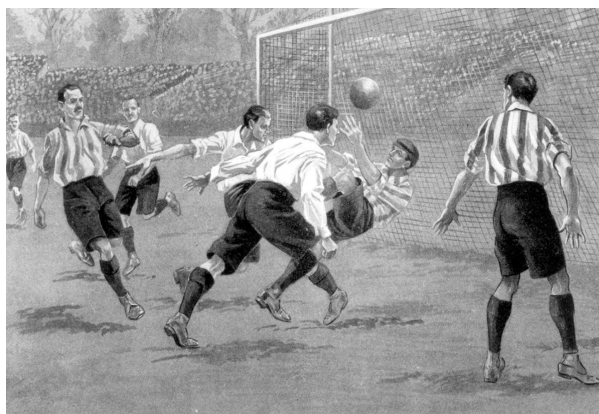
He aquí una asociación deportivo-gastronómica de amigos, sin estatutos, sin locales, sin directiva y sin socios.

Y lo digo todo en un sentido "contencioso-administrativo", porque en realidad no necesita de registros legalistas ni de formulismos convencionales, cuando nos une a sus asociados desde hace medio siglo, aglutinantes tan sólidos, entrañables e imperecederos, como lo son el vitorianismo y la amistad.

Al quedar inscrito el Alavés en la Federación Española, en el año de 1925, de la que conservo mi licencia personal con el número 8.345, un grupo de jugadores e "hinchas" destacados, nos unimos con el nombre de "Koipes" en núcleo independiente pero incondicional, de nuestro club señero.

La escalada de éste fue fulminante, pasando en tres años de categoría regional a primerísima nacional, con la que debutó en Madrid con el Athletic de la capital, del que, por cierto, era yo capitán del equipo de tenis.

Pero como mi incondicionalidad alavesista era intachable, hice de enlace acompañando a nuestro equipo y al mostrarles el Estadio Metropolitano, con su soberbia perspectiva, exclamo Antero "Patacuchara": ¡Aquí ganamos!



Cosa que ya me había vaticinado Amadeo al decirme: "No te preocupes que no nos romperán la defensa". La componían nada menos que Beristain, Ciriaco y Quincoces. Nuestro portero solía comparar los disparos más o menos fuertes e intencionados que le dirigían, con toda clase de hortalizas y cuando aquellos eran flojas decía: — "Bah, berzas".

En la comida anual de Los Koipes era tradicional la prueba ciclista que entonces consistía en una vuelta al circuito de Durana, con el patrocinio de nuestros oficiosos e insustituibles, que siguen siéndolo, presidente y secretario o sea: Chus Castresana "don Hilarión" y Luis Azúa "El blondas".

La última prueba en la que tomé parte con Juanito Olarte como únicos concurrentes lo fue a finales de la década de los cuarenta, que era también el final de nuestras equivalentes "décadas" particulares.

A pesar de detenernos a resoplar varias veces, nos ovacionaron al llegar y ante nuestro asombro, nos explicó Hilario Dorao que habíamos hecho el recorrido con bastante rapidez.

—Pues te advierto —le dijo mi cofrade— que nos hemos parado en Durana, a echar un pote...

¡Aquello era Vitoria...!

Álvaro Vidal Abarca - año 1976